

das á la Mision de Mulegé, y otras á la de S. Ignacio, que se fundó despues de poco tiempo, por estar menos distantes de aquellos lugares. A la Mision de Guadalupe le quedaron veinte, esparcidas por aquellos lugares de las montañas en que habia agua potable; pero al fin fueron congregadas por el P. Helen en cinco pueblos, fabricando en cada uno, además de las casas, una capilla para los ejercicios de la religion. En toda esta Mision no se pudo hallar ninguna tierra labrantía, y así los indios se mantenian con el maíz que se les enviaba de otras Misiones, con las frutas y raíces que ellos buscaban en los montes, y con las carnes de los animales que allí se criaban. Los neófitos de aquella llegaron á ser de los más instruidos, morigerados y devotos, lo que principalmente se debió, despues de Dios, al celo del P. Helen, que se dedicó á la conversion de aquellos bárbaros con tanto empeño, que cuando por necesidad se separó de allí no dejó un solo gentil en todo su vasto territorio. Al fin, despues de quince años de tan gloriosas fatigas, se le agravaron tanto sus enfermedades, que aunque queria morir entre sus caros neófitos, sus Superiores le obligaron el año de 1735 á trasladarse á la Nueva España, en donde despues de una vida inocentísima y llena de afanes, murió en Tepetzotlan el año de 1757.

En 17 de Agosto del mismo año de 1757 falleció en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo de México, con opinion comun de santidad entre los domésticos y en toda la sociedad, el P. José Maria Genovesi: fué natural de la ciudad de Palermo, capital del reino de Sicilia y fué hijo de D. Pablo Genovesi y D<sup>a</sup> Feliciano Thomay: desde que tuvo uso de razon y conoció á Dios, lo amó con tantas veras y se dedicó al ejercicio de las virtudes, que poco tuvo que hacer en el noviciado para acostumbrarse á las prácticas religiosas de la más elevada perfeccion: su devocion á la Sagrada Eucaristía fué tan ardiente y fervorosa, que desde secular no era conocido con otro nombre que con el del "Estudiante del Santísimo Sacramento;" devocion que lo acompañó constantemente toda su vida. Ordenado de Sacerdote, solicitó del Padre General patente para pasar á la Provincia mexicana en cumplimiento del voto que habia hecho muy de antemano de emplearse en las Misiones de los gentiles, como lo consiguió viniendo á nuestra patria con los demás misioneros que condujo á ella el V. P. Domingo de Quiroga, cuando pasó de Procurador general de esta Provincia el año de 1707. Luego que llegó á México se dedicó con infatigable teson y copiosísimos frutos al confesonario, sucediéndole entre otras cosas notables, la de haber oído en viérnes del Paralítico, entre otras muchas confesiones, la de una persona que en treinta y ocho años no se habia confesado. Habiendo pasado á las Misiones, en que estuvo por algunos años, fué tal su celo y acierto en su direccion, que consiguió el que sus indios vivie-

sen como cristianos y aun muchos con el fervor de religiosos. De ese ministerio lo arrancó, por decirlo así, la obediencia para el gobierno del noviciado de Tepetzotlan, queriendo dar á las nuevas plantas de la religion en el P. Genovesi una madre amorosa, así como un perfecto dechado que inspirase con su ejemplo y direccion el espíritu de la Compañía, cuya regla abrazaban por vocacion divina para su propia salvacion y la de los prójimos. Y acertaron los Superiores en aquella eleccion, al poner á los ojos de todos una viva imágen de un Jesuita perfecto, cual el Santo Fundador queria á sus hijos, y como lo enseñó la experiencia en la multitud de individuos formados por su mano, de que despues se honró en gran manera toda la mexicana Provincia, lo que consiguió tanto con sus fervorósísimas exhortaciones que hacia diariamente á sus novicios, cuanto por los admirables ejemplos de su vida, pues como escribia muchos años despues el P. Juan Maneiro, el ilustre panormitano era modelo de modestia, insigne por su penitencia, muy célebre por su aplicacion á meditar las cosas divinas, esclarecidísimo por su devocion á la Santísima Virgen y á los Santos, de una fé ardiente, sumo amor á Dios, increíble dedicacion á su mortificacion interior y dotado de una luz celestial para dirigir las almas: su humildad, paciencia, pureza de alma, obediencia, discrecion de espíritus, recojimiento interior, y en una palabra, sus virtudes todas fueron tan relevantes, que sin duda alguna fué uno de los varones de más mérito que en ese siglo tuvo la Compañía. Por dos ó tres trienios desempeñó el delicado empleo de maestro de novicios, en que le sucedieron cosas muy particulares de que se burlaría hoy la crítica moderna; pero que sirvieron entonces por lo público que se hicieron á conciliarle la grande fama que llegó á adquirir de perfecto religioso y grande amigo de Dios. Terminado su magisterio, habiéndose despedido de sus novicios con una tiernísima plática, que concluyó pidiendo postrado á todos el perdón de sus faltas y besándoles los piés con copiosas lágrimas, pasó al Colegio Máximo en calidad de operario, donde se dedicó á los ministerios del confesonario y predicacion, tanto en México como en otros lugares donde hizo fructuosas Misiones, resplandeciendo en todos ellos su caridad, celo y santidad. En el dicho Colegio fué tambien superior algunos años; y así como en Tepetzotlan habia dejado memoria en la devota capilla que fabricó en la huerta á honor de la Santísima Virgen, para que obsequiar á la Señora fuera la principal y primera recreacion de los novicios Jesuitas, en S. Pedro y S. Pablo y Colegio de S. Andrés, levantó dos altares costosísimos á la Madre Santísima de la Luz, á los que les dejó dotadas fiestas anuales, y cuyas imágenes adornó con ricas alhajas como se vé hasta el día, al cabo de más de un siglo, en la bellísima imágen que se venera en el

Sagrario Metropolitano de México, que es la misma que se veneraba en el Colegio Máximo. Al hablar de esta dulcísima advocacion, cuyo origen se ha publicado en multitud de escritos y devocionarios, especialmente en el titulado "Antídoto contra todo mal, la devocion con la Santísima Madre de la Luz," opúsculo de la pluma del P. Genovesi: y en otros dos tomos sobre la misma devocion que hizo traducir del italiano, no podemos omitir una noticia muy curiosa para nuestra patria, y es que en Leon, ciudad hoy episcopal, se encuentra la misma sagrada Imágen, que fué pintada á presencia de la Santísima Virgen, segun consta de la siguiente auténtica, colocada al reverso de la dicha Santa imágen, que copiada al pié de la letra, dice así: "Esta Imágen es la original que vino de Sicilia y fué bendita de la misma Santísima Virgen, que con su bendicion le confirió el don de hacer milagros, como consta de una carta escrita desde Palermo á 19 de Agosto de 1729 años. Y esta Imágen la dá el P. José Genovesi á la Iglesia que se ha de hacer del nuevo Colegio, debajo la condicion de que se le haga altar y colateral en el crucero de la Iglesia, segun lo prometido del P. Rector Manuel Alvarez en carta de 3 de Mayo del año de 1732. Y por ser verdad lo firmaron los siguientes Padres que han leído la carta.—*José María Genovesi.—José María Mónaco.—José Javier Alagua.—Francisco Bonalli.*" No se limitó á esto la devocion del siervo de Dios. A las obras publicadas que acabamos de citar, añadió otro medio de dar á conocer esa advocacion; innumerables fueron las bellas copias que repartió por nuestra América, incontables las estampas que se extendieron por todas partes, abriendo hermosas láminas con que consiguió en pocos años la maravillosa extension de su culto, llegándose á notar desde esa época hasta la presente que en pocos templos no se hallará altar, ó imágen al menos de esta Reina de los ángeles. No fué inferior su afecto á nuestra Imágen Guadalupana, que le arrebató el corazon desde el momento en que tuvo la dicha de conocerla: mientras vivió en México y se lo permitieron sus muchas enfermedades, visitaba el Santuario con la mayor frecuencia; y para que se extendiese su devocion y darla á conocer en reinos distantes, hizo sacar muchas copias que remitió á Europa. Su devocion á la Sagrada Familia, á otros muchos santos, especialmente á S. Ignacio, fué no menos tierna: su compasion á las santas almas del Purgatorio fué tambien muy particular: á su favor no solo aplicaba multitud de misas, sino que de lo que le daban de limosna, pagaba otras, les sacaba bulas, é imprimió un librito para promover esta devocion; con gran solicitud procuraba ganar y aplicarles muchas indulgencias tan generosamente, que se extendia hasta hacerles donacion de toda la satisfaccion de sus buenas obras. Concluido su último gobierno que fué el tercero del Colegio de S. Pedro y S. Pablo, quiso el Señor

purificarlo con la penosa cruz de la enfermedad: diez y siete años vivió entre molestísimos accidentes, pero con tal constancia y fervor de vida, que no dejó ninguno de sus ejercicios religiosos ni la austerísima penitencia con que atormentaba su cuerpo, de que dieron testimonio despues de su muerte sus muchos cilicios de varias figuras, de mucho peso, sobre todo uno de que se cubria generalmente, sus ásperas disciplinas despedazadas y cubiertas de sangre, y otros instrumentos que causaban horror con solo su vista. Entre tanto, aquel hombre que parecia de hierro, trabajaba en dar á luz muchas obras para gloria de Dios y bien de las almas: trece se imprimieron sobre diversos asuntos todos espirituales, y otras que contenian meditaciones para todos los dias del año, y de que se estaban imprimiendo cuando su última enfermedad hasta el mes de Marzo, que casi igualarian á lo publicado: la principal de todas fué aquel admirable libro intitulado: "Método para vivir á Dios solo," en el cual se pintó á sí mismo tan al vivo, que como escribe el autor de su vida, bien se le puede poner: "Método con que vivió toda su vida el P. Genovesi;" y con razon, pues este ejemplar varon ejecutó al pié de la letra cuanto se contiene en ese volúmen, que no hay en él virtud alguna, ni práctica piadosa que se proponga para llegar un religioso á ser perfecto, que no la ejercitara y pusiera en ejecucion este ilustre Jesuita. Y para colmo de su mérito, coronó todas esas virtudes con la más profunda humildad: en todas ellas ocultó su nombre ingeniosamente, publicándolas con el del segundo de su bautismo y el apellido de la madre, enteramente desconocido en el país: todos esos escritos corrieron bajo el nombre de el P. Ignacio Thomay de la Compañía de Jesus, cuya revelacion se hizo despues de su muerte en la titulada "Año Santificado," impresa su primera parte á principios de 1757. En fin, murió este fervoroso Jesuita el dia diez y siete de Agosto del mismo año, despues de recibidos todos los Sacramentos con sus ordinarias fervorósimas jaculatorias, actos de contricion y de amor del Señor; estando en la avanzada, pero bien ocupada edad de 76 años, y habiendo vivido en la Compañía el largo tiempo de 58 y el de más de 40 en esta santa Provincia, que ilustró con sus grandes ejemplos de las más heróicas virtudes en que sobresalió tanto, que siendo todas tan grandes, difícilmente se conocerá cual fuese mayor en el Padre. En su entierro se renovaron las demostraciones públicas que hemos mencionado en el del V. P. Oviedo.

Sin contar con otros Jesuitas de la Provincia, ya americanos ó ya europeos, que por ese tiempo fallecieron en el ósculo del Señor, pero de menor nombradía que los pasados, y de los cuales tal vez se presentará ocasion de hablar, daremos á conocer á uno notabilísimo, muy dedicado al servicio de nuestros indígenas y fundador de una

de las comunidades religiosas que hasta el día existen. Este es el P. Antonio de Herdoñana: nació este ilustre Jesuita en una hacienda llamada San José de los Tepetates, sujeta á la jurisdiccion del pueblo de Tepeapulco, distante catorce leguas de México, el día 12 de Febrero de 1709: fueron sus padres D. José Martínez de Herdoñana, español, y D<sup>a</sup> Angela Roldan, natural de la ciudad de México, personas ambas muy distinguidas por su nacimiento, por su fortuna, y más que todo por sus ejemplarísimas costumbres: para conocer la piadosa educacion que dieron á sus hijos, bastará decir que los tres hombres y otras tantas mujeres, fruto de su matrimonio, los primeros abrazaron el estado eclesiástico, nuestro Antonio en la Compañía de Jesus y los otros dos en el de clérigos seculares: las hijas entraron de religiosas al convento de la Encarnacion, donde acabaron sus días loablemente: tanto el P. Herdoñana de quien vamos á hablar como sus dos hermanos, hicieron sus estudios desde los rudimentos de gramática hasta la teología y sagrados cánones, en el Colegio de San Ildefonso, á cargo entonces de los Padres Jesuitas, habiéndose distinguido entre sus discípulos por su aplicacion y virtudes. Concluidos sus estudios el P. Antonio recibió las primeras órdenes y la de subdiácono en la ciudad de Puebla, de mano del Illmo Sr. D. Juan Antonio de Lardizabal, y pocos meses despues abrazó el Instituto de San Ignacio, entrando en el noviciado de Tepotzotlan el 1<sup>o</sup> de Julio de 1730, recibiendo allí mismo al año siguiente el orden de diácono en una visita que hizo á los Padres de aquel Colegio el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, Obispo de Yucatan. Concluido su noviciado y ordenado de Presbítero el año de 1733, pasó al Colegio de San Gregorio, destinado para la asistencia espiritual de los indígenas, donde hizo su profesion solemne de cuatro votos el 15 de Agosto de 1742, y en él fué un celosísimo misionero y digno sucesor del V. P. Juan Bautista Zappa. En efecto, los veinticuatro años continuos que residió en dicho Colegio, la mayor parte como su Rector, se hizo tan notable por su dedicacion á los ministerios con los indios, ya en el confesonario, ya en el púlpito, ya en las confesiones de los enfermos, etc., que lo mismo que el citado P. Zappa no era conocido con otro nombre que el de “el padre de los indios.” No se limitaba á servirlos en el Colegio de San Gregorio, destinado exclusivamente al beneficio espiritual de sus almas, así dentro de la ciudad como por los pueblos inmediatos, sino que lo mismo que los demás Jesuitas de dicho Seminario, salía de México, “y ora á pié [dice el escritor de su vida], ora en un mal caballo se le veía ir á cuantas confesiones de enfermos era llamado de los pueblos de indígenas próximos á la capital.” A la misma categoría debe referirse la educacion que á algunos niños de la misma raza se daba en ese Colegio, reducida á la doctrina cristiana y primeras le-

tras, música y canto para servir despues los oficios divinos en sus pueblos; fundacion utilísima que extendió el P. Antonio á Puebla, donde estableció el de San Javier, con una bella Iglesia con los bienes que á este fin dejó señalados su virtuosa madre D<sup>a</sup> Angela Roldan, contribuyendo igualmente sus otros hermanos D. José y D. Manuel, presbíteros seculares. Con la parte de la herencia que tocó á nuestro Jesuita hizo otro importante servicio á la raza indígena. Este fué la fundacion del Colegio de indias mexicanas de Nuestra Señora de Guadalupe, obra toda del P. Herdoñana, y en la que manifestó no menos que su grande piedad, su admirable celo por la salvacion de las almas, su don de gobierno, su constancia y otras muchas virtudes. Inspirado de Dios y penetrado de dolor de ver multitud de doncellas indias que deseaban servir á Dios en algun recogimiento, acometió el P. Herdoñana la empresa de fundarles un Colegio adonde pudieran recojerse aquellas miserables; y en la firmeza con que se sobrepuso en esa obra á las muchas dificultades que se ofrecieron, y en la eficacia con que sededicó á servir las en lo espiritual y temporal por espacio de los mismos veinticuatro años que moró en San Gregorio, se dieron á conocer más que suficientemente su constancia, su celo y su caridad. Edificó el convictorio en el sitio contiguo al Colegio de San Gregorio, donde como despues veremos, se fundó el convento llamado la “Enseñanza de Indias,” sujetando su direccion al Padre Rector del Colegio de San Gregorio, así como el patronato é inmediato cuidado de la nueva casa, á cuyo fin obtuvo la licencia de los Padres Generales Ignacio Visconti y Luis Centurioni: dotó la subsistencia de las colegialas con más de cuarenta mil pesos: les dió, en fin, unas reglas sapientísimas y muy espirituales, semejantes en cuanto fué posible á las de la Compañía de Jesus, estableciendo además clases públicas para que en ellas se educasen gratuitamente niñas indígenas en la doctrina cristiana; leer, escribir, coser, bordar y demás empleos mujeriles. Y en esta obra tomó tanto empeño, sin excusar ningun servicio por abatido y molesto que fuese, que con esto y su excelente direccion, logró verlo perfeccionado en sus días y autorizado por el gobierno de Madrid con el título de “real” desde Octubre de 1754, segun se colije por una carta del mencionado P. Centurioni que tenemos á la vista. Lo admirable de todo esto era que en medio de tantas ocupaciones en la fábrica, organizacion y direccion de aquel Colegio de indias, en que nada se hacía sin la intervencion del P. Herdoñana, su fundador, no dejaba este celoso Jesuita de trabajar incansablemente, así en los ministerios de su oficio de Rector en San Gregorio, como en el de predicacion en las plazas á los indios, la asistencia en las cárceles de los técpán de Santiago y de San Juan, á las casas de los enfermos de dentro de la capital y de los pueblos inmediatos, habiendo sido uno de los Jesui-

tas que más se distinguieron en la mortífera epidemia del "Matlaza-huatl" el año de 1737. Tan notoria era esta su dedicacion en servir á los indígenas, que le adquirió el título de "Padre de los indios," que viniéndole patente de Roma para que fuera á gobernar el Colegio de San Francisco Javier, y habiendo llegado esto á noticia de los naturales, se presentaron con un memorial al Sr. Arzobispo para que interpusiese sus respetos con los Superiores, á fin de que no se les quitase de México, como en efecto lo consiguieron, permaneciendo el P. Herdoñana en su oficio de Rector de San Gregorio todavía algunos años más, sin hacer otra ausencia que la de unas misiones en que acompañó en el Obispado de Puebla al Illmo. Sr. D. Benito Crespo, su dignísimo Prelado, por instancias de este mismo celosísimo pastor, amartelado amigo de los Jesuitas. Sin embargo, insistiendo el P. General por razones muy poderosas en que el P. Herdoñana pasase á gobernar el Colegio de San Javier, le fué preciso obedecer, pero llegó á dicha ciudad en tal estado de abatimiento y enfermedad, que á los pocos dias, agravándosele sus antiguos padecimientos, murió en ese Colegio con la mayor edificacion de la comunidad y con gran sentimiento de los indios, el día 31 de Mayo de 1758, habiendo sido sepultado en dicho Colegio fundado por su familia, con gran concurso de gente de todas clases y con demostraciones públicas del concepto que se tenía de su santidad. Por lo que respecta al Colegio que fundó de Nuestra Señora de Guadalupe, este establecimiento se resintió mucho por la expulsion de los Jesuitas en 1767: sus fondos padecieron en la ocupacion de las temporalidades de dichos Padres, en cuyas haciendas se reconocían á réditos, y en consecuencia se vió reducido casi á la miseria, manteniéndose las colegialas del trabajo de sus manos, aunque viviendo siempre con el mayor recojimiento, dando ejemplo de virtud á toda la ciudad y no desatendiendo en medio de su pobreza y privaciones la educacion de las niñas indígenas. Tanta constancia y virtud tuvo su recompensa, proporcionándoles Dios en el Illmo. Sr. D. Juan Francisco de Castañiza, que murió Obispo de Durango, un insigne protector y un amoroso padre. Este respetable Sr. no solo tomó á su cargo el cuidado de la subsistencia de esas infelices y abandonadas colegialas, sino que con su influjo consiguió licencia de la Junta Central de España en 1811, para convertir el Conservatorio en monasterio de la Compañía de María ó Enseñanza, única y exclusivamente para las indias. Dotó tambien con crecidos fondos el número competente de religiosas, para que en beneficio de la juventud de su sexo y raza ejercieran los ministerios de su Instituto. La desgracia de los tiempos ha hecho que se pierdan casi en su totalidad esos fondos: el antiguo colegio y primer convento de la Enseñanza de Indias, edificado por el P. Herdoñana, sostenido despues por la laboriosidad y constancia de las colegialas y re-

puesto posteriormente por la generosidad del Illmo. Sr. Castañiza, se arruinó casi enteramente por el enorme peso de la nueva basílica de Nuestra Señora de Loreto, que se habia pensado les sirviera de templo, comunicándose por el interior de un arco, proyecto que no se llevó á cabo por el restablecimiento de la Compañía de Jesus en 1816, á la que se asignó por el fundador y gobierno virreinal y eclesiástico para sus ministerios. De aquí pasaron las religiosas indígenas de la Enseñanza al antiguo hospital de San Juan de Dios, donde permanecieron algunos años. Pero hallándose este edificio en no menor estado de ruina y no habiendo fondos para su reposicion, fueron trasladadas últimamente al que fué hospital de los betlemitas, donde permanecen hasta el dia, edificando á México con sus virtudes, instruyendo con sumo esmero y eficacia á centenares de niñas que acuden á sus clases y á algunas colegialas que viven dentro de la clausura, muy reconocidas siempre y sin borrar jamás de su memoria á su primitivo fundador del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, el P. Antonio de Herdoñana y al de su comunidad religiosa, el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Francisco de Castañiza.

Dejando para su lugar correspondiente la noticia de los Padres Francisco Javier Lazcano y Francisco Hermann Grandorff, últimos que dejó anotados el P. Alegre al concluir su historia, cerraremos este período de años hasta 1758 con el siguiente honorífico trozo de la carta que en dicho año dirijió á su Santidad el Illmo. Sr. D. Fr. Ignacio Padilla de la órden de S. Agustin, Obispo de Yucatan, informándole del estado espiritual de su diócesis. Hablando en ella de los trabajos de los Jesuitas de Mérida, le dice: "En esta ciudad tienen los Jesuitas un Colegio que solo se compone de siete Sacerdotes, pero cuyos sudores en beneficio de mi grey admiro con placer, y mucho más me asombra y veo como un prodigio, cómo puedan conservar la vida entre tantas labores, principalmente en tiempo de cuaresma." Era entonces morador de ese Colegio el P. Francisco Javier Gomez, de cuya vida y ministerios darémos una idea cuando se trate de los Jesuitas célebres de esta Provincia que fallecieron en Italia despues de la expulsion. Moraba igualmente en el mismo Colegio que gozaba de todos los privilegios de universidad otro famoso Jesuita de que tambien se dará razon á su tiempo, el P. Agustin Castro, que entre sus varios y doctos escritos se hizo célebre por el dictámen dado á esa mitra sobre la secularizacion de las parroquias que administraban los franciscanos, á quienes esa Península debe en un todo su conversion á la fé y su civilizacion. A pesar del sumo empeño que se tenia por llevar á efecto esa secularizacion, se suspendió por las sólidas razones del P. Castro, la cumplida apología que hizo de los trabajos apostólicos de esa Orden respetable y santa, y, como buen conocedor del país, por la solidez con

que supo demostrar el grave peligro que corria aquella cristiandad y la tranquilidad pública, si de una manera violenta y mal premeditada se quitaba la administracion espiritual á esos religiosos, anunciando la total ruina de esos pueblos y aun de todo Yucatan, si se promovia, como era muy temible, una guerra civil. Los sucesos posteriores y el estado actual de ese antes rico y religioso departamento, por esa disposicion, que despues de la independendencia se llevó á cabo, han llegado dolorosamente á corroborar los motivos que tuvo el prudente Jesuita para oponerse en su dictámen á aquella medida y confirmar la justicia de sus fundadísimos temores: las desgracias de que hace algunos años es teatro Yucatan, no reconocen otro origen en la opinion de las personas sensatas y que no se han dejado arrastrar de las ideas disolventes de la época.

## CAPITULO VII.

### Principian las tribulaciones de la Provincia mexicana.

Desde 1759 comenzaron á ser aciagos los tiempos para la Provincia mexicana. A principios de él falleció la Reina D<sup>a</sup> María Bárbara de Portugal, digna consorte del Rey de España, Fernando VI, que poco sobrevivió á su esposa, siguiéndola al sepulcro el 10 de Agosto del mismo año. La muerte de estos soberanos fué una calamidad para la Compañía, porque ambos fueron sus insignes benefactores: la primera legó al morir cien mil escudos en su testamento á los Jesuitas portugueses para emplearlos en sus Misiones de las Indias Orientales, prueba evidente de que nada creia de los Manifiestos que el ministro D. José Carvallo habia publicado con el nombre del Rey su hermano, sobre los sucesos del Paraguay en 1750: el segundo además de haber dado muchas muestras de afecto á los Jesuitas, especialmente á los mexicanos, como su padre Felipe V, por un real decreto de 13 de Mayo de 1755, no solo vió con desprecio esa obra calumniosa, sino que de acuerdo con el Consejo Supremo de Castilla la condenó á ser quemada públicamente en Madrid por mano del verdugo; decreto que se renovó en el reinado siguiente, á 27 de Setiembre del dicho año de 1759 y 19 de Febrero de 1764 por su sucesor y hermano, Cárlos III. En las honras que se hicieron á ambos soberanos, en la Catedral de México, se distinguieron los Jesuitas: el P. Francisco Ganancia dirigió el real túmulo en las de la reina D<sup>a</sup> María Bárbara, y tambien en las de Fernando VI, segun creemos, aunque el P. Cabo solo habla del primero: dicho Padre era de ingenio singular y en la poesía y oratoria excelente, en cuyo género de literatura y especialmente en la epigrafía latina, sabido es lo que sobresalían los Jesuitas de todos los países.

Los libelos contra la Compañía de Jesus que por ese tiempo inundaban á todo el mundo por los esfuerzos de sus enemigos, y que se publicaban en Portugal, Francia y Holanda, así como los *Mercurios*, *Gacetas*, *Nuevas Eclesiásticas* y otros periódicos en cuyas columnas se renovaban todas las acusaciones dirigidas á los Jesuitas durante más de dos siglos, agregando las modernas calumnias de esa época con motivo de las ocurrencias de las Misiones del Paraguay, abultadas y desfiguradas por los jansenistas y filósofos, no solamen-